

que aprecian una gama de colores distinta a la del hombre. Tal es el caso de la abeja, cuyos ojos son sensibles a la luz ultravioleta, lo que les permite detectar el ángulo de polarización de la luz reflejada por el cielo, base de su sistema de orientación. Los estudios del zoólogo austriaco Karl Von Frisch (Premio Nobel de Medicina en 1973) acerca de la danza de las abejas, son asequibles a nuestros alumnos y de enorme interés.

Gracias al retículo visual, puede la abeja conocer su velocidad respecto al suelo, midiendo el tiempo que transcurre desde que un objeto es visto por una faceta componente de su ojo, hasta que es visto por la siguiente. Más aún, dispone la abeja de un fotómetro que le indica los instantes precisos en que debe iniciar y finalizar su actividad; este medidor de la intensidad luminosa está constituido por tres ojos simples, ocelos, que se encuentran en la parte frontal por encima y en medio de los ojos.

Este, llamémoslo así, «tercer ojo» no es privativo de las abejas, sino que se encuentra en todos los vertebrados, aunque, por supuesto, no a la vista. En los animales de sangre fría este tercer ojo desempeña la función de termómetro, mientras que en los anfibios es el responsable del mimetismo o cambio de coloración de la piel. El cometido de este tercer ojo, evolucionado en la actualidad hasta convertirse en una glándula, es la producción de una hormona especial, la melatonina, que produce los cambios de tonalidad de la piel.

En los mamíferos este tercer ojo, denominado glándula pineal, se encuentra en la profundidad del encéfalo, y las hormonas que genera regulan la composición de la sangre, la digestión, la aparición de la pubertad, etc.

Los problemas inherentes al medio en que se verifica la visión, a saber, el aire o el agua, han sido resueltos por la Naturaleza de forma diversa. Así, el escarabajo «giniro», llamado vulgarmente escribano de agua, posee dos pares de ojos: un par para el agua y otro par para el ambiente aéreo. Lo mismo sucede con el pez *Anableps tetrapthalmus* (cuatro ojos), que se alimenta de insectos que atrapa ágilmente a vuelo.

Prácticamente este pez tiene dos ojos ordinarios, sólo que sus pupilas están muy estiradas en sentido vertical y divididas en dos partes por un tabique especial. Las sustancias refrigerantes de la parte superior de los medios diáfanos de los ojos están adaptadas para ver en el medio aéreo; la parte inferior, en el medio acuático.

Sobre todo, la Naturaleza tuvo que esmerarse en la construcción de ojos para los animales capaces de desplazarse con gran rapidez. Al «mergo», que necesita para volar, igual que todos los pájaros, la vista más distante, y en el agua, cuando está pescando, la vista más corta, puede variar mucho la curvatura del cristalino. Siendo la fuerza refractiva del hombre tan sólo 15 dioptrías, la del mergo puede llegar hasta 50. Por eso ve bien a un pececillo entre la flora submarina, o a un águila que planea sobre su cabeza.

Los ojos de los animales se distinguen mucho por su sensibilidad a la luz. Así, los ojos de los peces y moluscos de aguas profundas tienen una forma telescópica, alargada, con

una pupila muy grande. Tales adaptaciones son las apropiadas para reunir dentro del ojo la mayor cantidad posible de rayos luminosos y enfocarlos luego en los elementos de percepción luminosa, de gran sensibilidad. Para ver claramente, la lechuza necesita una luz 100 veces menor que la que necesita el hombre.

Otros muchos animales poseen en la superficie interior del ojo una capa brillante, llamada espejo, que refleja muy bien la luz; gracias a este espejo brillan de noche los ojos del gato, del lobo o del cocodrilo. Lo que hace el espejo es reflejar los débiles rayos de luz que llegan del exterior. Por eso en plena oscuridad los ojos de estos animales no pueden brillar.

Otra curiosidad reside en el hecho de que los rayos luminosos que penetran en nuestro ojo pasan a través de una lente biconvexa y aquí se refractan, por lo que la imagen de los objetos examinados, enfocados en la pared posterior del ojo, resulta invertida respecto a la realidad. ¿Por qué vemos el mundo como es en realidad? Resulta que nuestro cerebro, al confrontar las indicaciones recibidas del ojo con la información que llega de otros órganos de los sentidos, y principalmente de los receptores cutáneos y musculares, aun en la tierna infancia ya se acostumbra a comprenderla como se debe.

¿Y qué pasaría si la imagen de nuestra retina estuviese orientada correctamente? ¿Qué veríamos entonces? Semejantes experimentos se han realizado reiteradamente. Mediante gafas especiales puede devolverse la posición correcta a la imagen en la retina del ojo. En los primeros instantes parecerá que todo el mundo está invertido. No obstante, llevando las gafas sin quitárselas, al cabo de cuatro días ya nuestro cerebro se reorganiza y entonces nuevamente volveremos a ver el panorama acostumbrado. La vista se hace tan normal que el hombre puede dibujar y hasta conducir libremente su coche. Pero tan pronto se quite las gafas, el mundo nuevamente volverá a ponerse boca abajo. El cerebro tendrá que acostumbrarse otra vez a la nueva manera de transmitir la información.

Finalmente hay que indicar que se conocen más de 1.100 especies de animales (desde las bacterias hasta la luciérnaga) cuya luz atenúa un tanto la escasa del ambiente donde viven. Uno de los mecanismos bioluminiscentes lo constituye la oxidación de la luciferina con la ayuda de la luciferosa. Más aún, y de forma general, toda oxidación de las grasas o lípidos conduce a la emisión de fotones, aun cuando sea en un reducido porcentaje.

#### BIBLIOGRAFIA

- B. SERGUEIEV: «Fisiología recreativa». Editorial Mir. Moscú.  
 ALAN CROMER: «Física para las ciencias de la vida». Ed. Reverte.  
 E. AISBERG: «Física en la vida cotidiana». Ed. Danae. Barcelona.  
 PERELMAN: «Física recreativa». Ed. Mir. Moscú.  
 R. GRIFFIN: «Ecos de murciélagos u hombres». Ed. Eudeba. Buenos Aires.  
 L. GREGORY: «Ojo y cerebro». Ed. Guadarrama. Madrid.

## 2 La utopía de «La ciudad armoniosa»

Por Manuel RODRIGUEZ MACIA (\*)

Al hablar de la utopía de «La ciudad armoniosa», que escribió el pensador y poeta francés Charles Péguy, hemos de tener presente que en realidad se trata de dos obras: «La ciudad socialista», la más breve de ellas, publicada en la *Revue Socialiste* en agosto de 1897, y ésta titulada «La ciudad armoniosa», que lo fue en abril de 1898. En realidad, ambas

obras se encierran en una: una misma era la ciudad con la que soñaba Péguy y una misma sociedad fustigaba cuando escribía tales obras, pues toda utopía al expresar el mundo

(\*) Doctor en Filosofía. Profesor de Antropología de la UNED.

soñado está denunciando este otro vivido. Esta dimensión profética de la utopía ya nos la señalaba Francisco de Quevedo cuando en el comentario que hiciera de la «Utopía» de Tomás Moro escribe:

«Vivió en tiempo y Reyno, que le fué forzoso para reprehender el gobierno que padecía, fingir el conveniente. Yo me persuado, que fabricó auella política contra la tiranía de Ynglaterra, y por eso hizo isla su idea, y que justamente reprehendió los desordenes de los más de los principes de su edad, fueráme fácil verificar esta opinión; empero no es difícil, que quien levara este libro la verifique con esta advertencia mia: quien dice que se ha de hacer lo que nadie hace, a todos los reprehende; esto hizo por satisfacer su zelo nuestro autor» (1).

Toda utopía es como un espejo en el que, a través de los deseos, se muestran las realidades de los hombres. Por ello, a través de esta «Ciudad armoniosa», Charles Péguy está denunciando una sociedad que vive bajo el signo de la división, división entre las clases sociales, entre los estamentos llamados representativos de la nación y sus representados; una gerontocracia —en término usado por Péguy— gobierna Francia en aquellos años, viviendo al margen totalmente de las inquietudes de la nueva sociedad francesa. División entre el mundo intelectual y el del trabajo manual, de la filosofía y la ciencia, divorcio de la religión tanto de la filosofía como de la ciencia, entre el hombre de pensamiento y el hombre de acción.

No puede parecernos extraño que si las utopías son la expresión de un deseo vivamente anhelado, y sólo se desea aquello de que se carece, en una sociedad hipócritamente dividida, se suscitase por contraposición la imagen de una ciudad que, como el mismo Péguy afirma al comienzo de su obra, es:

«La más armoniosa de las ciudades que nosotros podamos desear» (2).

El deseo de una sociedad que vive bajo el signo de la amistad es, pues, como el espíritu interior que recorre e inspira toda la obra de Péguy.

Frente a una época de expansión colonialista del estado francés, fundamentalmente expandiéndose por África, Péguy nos describe en esta utopía la imagen de una ciudad universal en la que todos gozan de los mismos derechos; ya desde el comienzo de su obra proclama este carácter abierto y sin fronteras de una patria en la que habitan:

«...todos los hombres de todas las familias, todos los hombres de todas las tierras, de las tierras que nos son lejanas y de las tierras que nos son próximas; todos los hombres de todas las profesiones, de las profesiones manuales y de las profesiones intelectuales; todos los hombres de todas las aldeas, de todas las villas, de todos los pueblos, de todas las ciudades; todos los hombres de todos los países..., de todas las razas..., todos los hombres de todas las lenguas...; todos los hombres de todos los sentimientos..., de todas las religiones, de todas las filosofías» (3).

Tan amplio resulta ser el carácter universal de esta ciudad que nada se siente allí como extraño, nadie es allí extranjero; la propia Naturaleza: las piedras, los ríos, las semillas, las colinas, etc. (4), adquieren en «La ciudad armoniosa» carta de ciudadanía, pues la Naturaleza no es vista como «la muralla» del hombre, sino que es su compañera inseparable y coparticipa en el destino de construir una nueva ciudad.

En especial ocupan en esta ciudad un lugar privilegiado los animales, quienes poseen el derecho de compartir la ciudadanía con el hombre:

«porque los animales tienen almas adolescentes» (5).

Existe en Péguy, fuertemente arraigada, la huella de la tradición popular que siempre ha incluido en el mundo del hombre a los animales y las cosas; él, que fue un hombre enraizado en su pueblo, sabe relacionarse con la Naturaleza como el labrador con su tierra, a la que ama, en la que sabe esperar y con la que se entristece. Es esa misma tradición popular la que, por medio de las fábulas, ha hecho hablar cándidamente a los animales; en el relato de este socialista parece que revive el «Cántico a las criaturas» que escribiera San Francisco.

En esta ciudad universal que nos describe Charles Péguy sus habitantes no son espíritus puros, «almas superiores» que han dejado atrás en otro mundo las más profundas creaciones humanas, sino que, por el contrario, subsisten todas las singularidades que constituyen el ser de aquellos hombres, y así se hallan representadas en aquella ciudad:

«En particular las antiguas creencias, las antiguas religiones, los antiguos caminos, las antiguas culturas, las antiguas filosofías» (6).

Como también se hallan presentes en la ciudad armoniosa aquellos hombres singulares que las encarnaron, allí, en aquella ciudad, vivirán en plena armonía sin renunciar a su propia personalidad:

«...los griegos y los bárbaros, los judíos y los arios, los budistas y los cristianos han llegado a ser, sin desterrar lo propio, los ciudadanos de la ciudad armoniosa» (7).

Pero en esta ciudad no sólo se conservan y respetan las particularidades propias, sino que se procura su desarrollo y acrecentamiento, y así resulta ser función de los mayores procurar que la educación de los más jóvenes vaya encaminada a hacer surgir y fortalecer su propia personalidad en vez de anularla. En medio de un ambiente familiar apto, en un contexto social en el que se ha desterrado la competencia, las almas de los jóvenes tienen un campo óptimo para hacer surgir las bondades que les son propias (8).

Comentando esta valoración que en «La ciudad armoniosa» se lleva a cabo de lo personal, escribe Mounier:

«La singularización conduce a la armonía y en el límite a la supresión de toda adversidad. No existe internacionalismo que no esté apoyado en el más profundo patriotismo, ni cristiandad que no esté sostenida por la parroquia, ni sociedad perfecta que no esté formada por personas cabales. Tal es la idea madre de la ciudad armoniosa y será a lo largo de la obra el esquema más esencial del pensamiento de Péguy» (9).

Su apego a la singularidad, ese afán de salvarlo todo, tanto a las personas como a las cosas, de entender lo social como el conjunto de todas y cada una de las cosas individuales y no como un mundo abstracto, lleva consigo que esta imagen de la ciudad armoniosa, que nos presenta Péguy, se encuentre más cerca de la descripción que del paraiso ha hecho la mentalidad católica latina que de muchas de las modernas utopías sociales. En sus palabras y en sus imágenes nos parece escuchar en no pocas ocasiones el eco del Dante.

Esta ciudad, que es universal no a costa de suprimir las particularidades, sino por la hospitalidad que manifiesta con

(1) FRANCISCO DE QUEVEDO: *Prólogo a «Utopía», de Tomás Moro*. Edit. Zero. Madrid, 1971.

(2) PÉGUY, CHARLES: *Mardel, premier dialogue de la cite harmonieuse*. Oeuvres en prose. Edit. Gallimard. Paris, 1959, pág. 11

(3) *Op. cit.*, págs. 11-12.

(4) *Cfr. ibidem*.

(5) *Ibidem*, pág. 12.

(6) *Ibidem*, pág. 12.

(7) *Op. cit.* pág. 36.

(8) *Cfr. op. cit.* pág. 38.

(9) MOUNIER, E.: *La pensée de Ch. Péguy*, Oeuvres I. Edit. du Seuil. Paris, 1962, pág. 38.

todas ellas, tiene una estructura de gobierno de tipo socialista y sólo es concebible la existencia de dicha ciudad en tanto permanezca fiel a lo que constituye su ser más propio, como afirma Péguy:

«La ciudad socialista será perfecta en tanto que ella sea socialista» (19).

En este lugar de armonía se hallan socializados el subsuelo, las minas y las canteras, la tierra necesaria para obras sociales, el utillaje industrial y comercial, los almacenes, los medios de comunicación social, etc. (11). También queda socializado el trabajo social, aquel que es llevado a cabo por el conjunto de los ciudadanos en provecho de la ciudad. La palabra socialización no tiene en Charles Péguy connotación alguna con la de estabilización, sino que, por el contrario, indica la participación y beneficio de los bienes de todos y cada uno de los ciudadanos.

En una ciudad como ésta, en la que se cumple la utopía de una sociedad socialista, están desterrados todos los modos de gobierno que son propios de las sociedades basadas sobre un régimen capitalista. De este modo sus habitantes no saben lo que es el poder del patrono ni del gobierno. El orden auténtico que reina en el mundo del trabajo hace innecesarios tales poderes y así ocurre que en este lugar, tal y como nos lo narra Péguy,

«los obreros de la ciudad armoniosa no son en absoluto mandados por los patronos, ni por los gobernantes, sino por aquellos obreros que cumplen el oficio de mandar. De este modo el trabajo está bien ordenado por los obreros que lo programan, y está bien mandado a los obreros que obedecen. Y así es todo más fácil. De este modo el trabajo se hace bien y con facilidad para asegurar la vida corporal de la ciudad armoniosa» (12).

Tampoco existen en esta ciudad diferencias y categorías entre aquellos que llevan a cabo distintos trabajos. Es impensable la clasificación entre trabajos más o menos importantes (13).

No existe entre los obreros rivalidad alguna porque en esta ciudad los hombres carecen del sentido de la competencia de los unos para con los otros. El ser ciudadano excluye la existencia de la rivalidad, y así nos lo expresa Péguy cuando afirma:

«Ellos no piensan en absoluto en trabajar mejor que sus conciudadanos, porque ellos son los colaboradores y no los rivales de sus conciudadanos y no contra los ciudadanos. Porque no conviene que los obreros sean apartados de su trabajo por el pensamiento de que ellos trabajan mejor que sus conciudadanos. Los ciudadanos de la ciudad armoniosa no saben qué es lo que nosotros en la ciudad desamorniosa llamamos emulación, puesto que no sabe qué cosa sea la rivalidad» (14).

Tampoco en ésta se conocen respecto al trabajo las menciones honoríficas, méritos, etc., todo ello la califica Péguy como de meras vanidades. El conseguir una sociedad igualitaria lleva consigo el que sus propios ciudadanos no se sientan discriminados no ya por cuestiones económicas, sino tampoco en razón de su trabajo, pues ello implica una nueva forma de dividir en clases la sociedad.

Los trabajos más dificultosos son realizados por todos los hombres que se hallan en condiciones de llevarlos a cabo:

«De este modo los ciudadanos, hombres adultos, capaces y jóvenes, son los trabajadores que aseguren la vida corporal de la ciudad» (15).

De estos trabajos quedan excluidos las mujeres, los adolescentes, los ancianos, los enfermos (16).

De todos modos, en esta ciudad no se trabajará más de lo estrictamente necesario para la conservación de la buena salud de la comunidad. Suprimida la necesidad de comodidades superfluas y caprichosas los consumidores no reclamarán nada que pueda suponer un trabajo mayor para aquellos que lo llevan a cabo (17).

El concepto de ciudadanía encierra para Charles Péguy la idea de apertura a los demás y rechaza toda concepción de rivalidad entre los propios ciudadanos. Toda expresión de división y competencia lleva consigo la ruptura de la armonía en la ciudad:

«Ellos son unos obreros y no unos comerciantes; son los ciudadanos y no los rivales de la ciudad, porque son los ciudadanos y no los rivales de sus conciudadanos.

De este modo la ciudad armoniosa no es la ciudad de las emulaciones por el salario, porque ella no es la ciudad de los obreros envidiosos por el salario, sino la ciudad de los buenos obreros» (18).

El propio Charles Péguy daría ejemplo, en su vida personal, de una vida dedicada al trabajo bien realizado, llevado a cabo con amor y renunciando a la condición de asalariado. A propósito de esta puesta en práctica, a través de su vida, de los principios que predicaba, escribe Mounier:

«El fue el primero en realizar su modelo, el obrero de la comunidad armoniosa, que no debía buscar ni el salario ni siquiera el mérito, sino dejar surgir en él el libre amor al trabajo» (19).

La distribución económica se realiza bajo los criterios propios de la ciudad armoniosa. No se pueden aplicar a ella las categorías de justicia proporcional y distributiva que se intenta aplicar en las otras ciudades, porque como escribe Péguy:

«Cada ciudadano escoge los productos que le parecen mejores entre aquellos que le son disponibles, ya que hay entre ellos una parte al menos que puede escoger, porque los productos no son insuficientes para los consumidores» (20).

El mundo utópico de Charles Péguy no es un lugar de pobreza, sino de verdadera abundancia, como aquellas utopías medievales de los cuentos de Jauja y la tierra de Cucca surgidos de la imaginación popular, como aquel paraíso también que el mismo Péguy nos describe en su obra «Eve»:

«Y la Tierra no era más que un jardín selvático. Y los frutos alineados en las ramas del árbol, y los días alineados sobre los tiempos de mármol, no era más que un inmenso y temporal vergel» (21).

Jamás Péguy condenó el lujo y la abundancia, sino su injusto reparto entre los hombres. Al crear este mundo exuberante se hace presente en una utopía tan cercana al siglo XX, la más pura tradición del deseo de felicidad imaginado por el alma popular. En esta riqueza de imaginación se expresa el afán por salvarlo todo. Existe un realismo profundamente enraizado en estas utopías enormemente alejado de los mundos abstractos creados en los gabinetes académicos. La revolución no significa para Péguy, como lo es para las utopías nacidas de la imaginación del pueblo, el cambio del mundo presente por otro totalmente diferente, sino ver el mismo mundo desde la perspectiva de una nueva luz. Al

(10) PEGUY: *op. cit.* La cite Socialiste, pág. 3.

(11) Cfr. *op. cit.*, pág. 6.

(12) MARCEL: *Op. cit.*, pág. 22.

(13) *Ibidem*.

(14) *Ibidem*, pág. 22.

(15) *Op. cit.*, pág. 15.

(16) Cfr. págs. 14 y 15.

(17) *Ibidem*.

(18) *Op. cit.*, pág. 14.

(19) MOUNIER: *Op. cit.*, pág. 57.

(20) PEGUY: *Op. cit.*, pág. 25.

(21) PEGUY, Ch.: *Eve*, Morceaux Choises, Edit. Gallimard. Paris, 1927, pág. 134.

comentar este mundo de abundancia en el que nos sitúa Péguy, escribía Mounier:

«Este socialista no tenía en la cabeza un ideal de distribución automático y de estricta economía. No proscribía el lujo de la comunidad armoniosa, sino porque se ha convertido en una rapacidad alimentada con el trabajo forzado de las masas» (22).

Esta fidelidad a la tradición no significa en modo alguno un rechazo del progreso; precisamente, Charles Péguy, frente a quienes propugnan la desaparición de la máquina y la vuelta a una sociedad anterior, quizá influidos por los estragos iniciales del maquinismo, proclama su esperanza en el beneficio que el uso de la máquina va a reportar al trabajo humano:

«El trabajo que los obreros han de llevar a cabo para asegurar la vida corporal de la ciudad armoniosa les ha llegado a ser más fácil, sobre todo porque los hombres han avanzado muy lejos en el uso de las máquinas...» (23).

Claro está que las máquinas han de estar al servicio de los ciudadanos y será necesario armonizar su crecimiento con el nivel de empleo existente en la ciudad.

Fruto de estas relaciones armoniosas, que se dan entre todos los hombres y todas las cosas, es la libertad existente en la ciudad. En repetidas ocasiones, a lo largo de su obra, insiste Péguy en la ausencia de todo poder sobre los hombres y las comunidades, y así escribe:

«De este modo las almas familiares y las almas amigables y las almas nacionales y el alma de la ciudad no son mandadas por cualquier alma individual o colectiva de la ciudad armoniosa» (24).

En una ciudad en la que los bienes y preocupaciones materiales no constituyen problema alguno para los ciudadanos, existe un clima de óptimas condiciones para el ejercicio desinteresado de las artes, la filosofía y la ciencia:

«El trabajo desinteresado es el trabajo que los ciudadanos hacen cuando la vida corporal de la ciudad está asegurada. De este modo el arte, la ciencia, la filosofía, son trabajos desinteresados» (25).

En un clima de verdadera y total libertad se desarrollan en esta ciudad todas las expresiones del espíritu:

«El trabajo desinteresado es independiente y libre de todo en la ciudad armoniosa, porque no conviene que el trabajo desinteresado sea ordenado por quien pudiese deformar la obra o su efecto» (26).

Así pues, con plena y total libertad tanto interior como exterior, ausente de las presiones que crea toda emulación y que son totalmente extrañas a la vida de la ciudad armoniosa, todos los hombres de las artes y las ciencias se hallan plenamente entregados a su vocación, convirtiendo la filosofía, la ciencia y el arte en algo vivo para sus vidas (27). Son maestros de sus conciudadanos, no imponiendo su saber o las formas propias de su inspiración, sino ofreciendo a todos sus saberes, que sugerirán en las almas la plena realización de las mismas (28).

De esta manera se nos presenta la ciudad de Péguy vi-  
viendo en completa armonía:

«A pesar del trabajo que los obreros llevan a cabo por asegurar la vida corporal de la ciudad armoniosa, es

conforme, por otra parte, lo más posible a aquello que pide su vida interior y su trabajo desinteresado» (29).

La imagen de la ciudad armoniosa que diseña Péguy no es el proyecto de un mundo sobrenatural, sino la utopía de una ciudad para el hombre y por esto no pueden estar ausentes de ellas ni las preocupaciones ni las necesidades humanas:

«La ciudad armoniosa tiene necesidad de asegurar su vida corporal, porque sus propios medios, porque no es una ciudad sobrenatural, porque es una ciudad natural, y de este modo no recibe de fuera ninguna ayuda sobrenatural maravillosa» (30).

Esta dimensión temporal y terrena recorre toda la utopía de Charles Péguy, las ideas por las que lucha son expresión, como indicábamos al principio, de las preocupaciones y los deseos del hombre de su tiempo. El se batía por causas eternas —escribe Mounier—, no por causas desencarnadas (31).

Precisamente porque Péguy vive su utopía desde la realidad del presente, es por lo que tiene puesta su mirada en el futuro, porque vivir el presente no es estar anclado en el tiempo, sino que significa una constante renovación, una permanente novedad. Al hacer referencia al libro de Péguy, «Nota conjunta sobre Descartes», escribe Mounier que el presente:

«no es una fecha móvil; es el punto de riesgo y de esperanza en la que a cada instante el universo prueba su suerte y señala sus éxitos» (32).

En aquella ciudad armoniosa, en la que viven todos los hombres de todas las razas y religiones, en la que están representadas todas las culturas, lo único que no tiene cabida es la falta de esperanza:

«Allí no existe absolutamente ninguna desesperación, no hay en absoluto ninguna desesperanza individual en la ciudad armoniosa, pues en ella puede encontrar materia el valor individual» (33).

En la lectura de la obra de Péguy aprendemos que la esperanza no es un sueño, la esperanza no nos aleja de la realidad para instalarnos en un mundo de ilusión, sino que nos induce, imaginando una situación nueva, a romper la óptica de falsedad con la que contemplamos el mundo desde el hábito y la costumbre. La esperanza se halla, como escribe Mounier:

«Al borde del porvenir, pero en pleno corazón del presente, es ella quien nos arranca de la servidumbre y de la condenación» (34).

A través del mensaje utópico del poeta aprendemos como esencial de su lección que no es la esperanza la que debe supeditarse a la utopía, pues no se trata de mantener un modelo perfecto de sociedad ideal, sino que es la esperanza la que desde el interior de cada día, de cada situación, nos impulsa a ir creando una nueva sociedad.

La dimensión de vivir al máximo el presente y la valoración de la tierra, la mirada al futuro y el valor de la esperanza, es el ideal que encierra la utopía de Péguy:

«Sonó la hora que suena. Pasó el día que pasa. Sólo queda mañana y los pasado mañana. Tu salvación no está en el sentido de ayer, sino en el mañana. Oriéntate al mañana, no mires al ayer» (35).

(22) MOUNIER: *Op. cit.*, págs. 90-91.

(23) PEGUY: *Marcel... Op. cit.*, pág. 21.

(24) PEGUY: *Op. cit.*, pág. 52.

(25) *Ibidem*, pág. 60.

(26) *Ibidem*.

(27) PEGUY: *Op. cit.*, pág. 64.

(28) *Ibidem*, pág. 71.

(29) *Ibidem*, pág. 21.

(30) *Ibidem*, pág. 12.

(31) MOUNIER, E.: *Op. cit.*, pág. 22.

(32) MOUNIER, E.: *Op. cit.*, pág. 93.

(33) PEGUY: *Op. cit.*, pág. 45.

(34) MOUNIER: *Op. cit.*, pág. 117.

(35) PEGUY, Ch.: *Oeuvres*, pág. 329.

DOCTOR **FELIX RODRIGUEZ DE LA FUENTE Y R.T.V.E.**

PRESENTAN LA 3.<sup>a</sup> SERIE DE

# EL HOMBRE Y LA TIERRA

EN **SUPER 8** m/m.- COLOR Y EN ESPAÑOL - EN BOBINAS DE 180 m. - DURACION 20 MINUTOS

H-T 27 EL PROYECTIL VIVIENTE  
H-T 28 EL ALCAUDON  
H-T 29 PAJAROS CARPINTEROS 1a. p.  
H-T 30 PAJAROS CARPINTEROS 2a. p.  
H-T 31 EL BUITRE SABIO  
H-T 32 LA BELLA MATADORA  
H-T 33 EL CAZADOR SOCIAL

H-T 34 EL CLAN FAMILIAR  
H-T 35 LOS MATADORES INOCENTES  
H-T 36 EL JABALI 1a. p.  
H-T 37 EL JABALI 2a. p.  
H-T 38 OPERACION ZORRO 1a. p.  
H-T 39 OPERACION ZORRO 2a. p.

**SOLICITE LOS PRIMEROS 26 CAPITULOS DE LA SERIE AMERICANA y FAUNA IBERICA  
¡LAS MEJORES PELICULAS DIDACTICAS SOBRE LA NATURALEZA y SUS ANIMALES!**

---

---

## PELICULAS EDUCATIVAS

BASADAS EN LOS LIBROS DE TEXTO DEL **MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL**

SOBRE **E.G.B.**

### TEMAS

ANATOMIA  
12 Títulos

BIOLOGIA  
5 Títulos

BOTANICA  
12 Títulos

FISICA  
8 Títulos

GEOGRAFIA  
20 Títulos

GEOLOGIA  
18 Títulos

QUIMICA  
9 Títulos

ZOOLOGIA  
23 Títulos

HISTORIA DEL ARTE  
18 Títulos

**SUPER 8 m/m. - COLOR - COMENTADAS EN ESPAÑOL - DURACION DE 5 a 11 MINUTOS  
PRESENTADAS EN BOBINAS DE 90 m. CON CAJA DE PLASTICO**

---

PIDA CATALOGOS E INFORMACION A:

## **aries films, s.a.**

CORCEGA, 288 - Ent. 2.<sup>o</sup> - Tel. 218 50 49 - BARCELONA-8

DELEGACION CENTRO: LAMBERTO PARRAL, C/. STA. FELICIANA, 18 - TEL. 445 01 22 - MADRID-10